



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

“LA RENOVACIÓN DE LA LÍRICA ESPAÑOLA: FINAL DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX”

AUTORIA ISABEL MONTEMAYOR GALÉS RUIZ
TEMÁTICA LA RENOVACIÓN DE LA LÍRICA ESPAÑOLA: FINAL DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX
ETAPA E.S.O.

Resumen

Desde un punto de vista simplista, la literatura en general se puede ver como un péndulo que oscila de una tendencia literaria a otra totalmente contraria, por ello, aquí trataremos cómo después de una época de gran esplendor como es el Realismo y sucesivamente el Naturalismo llega un momento de calma para luego dar paso a unos autores de la talla de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado.

Estos autores, por su parte, suponen el germen de las dos maneras de hacer literatura que se cultivan en el siglo XX: la intimista y la popular.

Palabras claves

- Panorama de la lírica a finales del XIX y principios del XX.
- Antonio Machado.
- Juan Ramón Jiménez.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

1. INTRODUCCIÓN:

La literatura española, tras el bache del s. XVIII, alcanzó un alto nivel en el último cuarto de la pasada centuria experimentando, al llegar el s. XX, un extraordinario florecimiento que autoriza casi a hablar de un “segundo siglo de oro” gracias a la acción de tres generaciones sucesivas separadas por intervalos de 10 a 15 años: la 1ª que agrupa a los poetas modernistas y a los prosistas del 98 (cuya figura capital es Unamuno); la 2ª la de Ortega (que da frutos iniciales hacia el comienzo de la 1ª guerra europea); y la tercera la que (con García Lorca) comienza su obra en la 3ª década del siglo.

Prescindiremos de una caracterización de estas etapas, indicando únicamente que, en términos generales, el s. XX reaccionó, en su primer tercio, contra el arte realista, el racionalismo y la moral positivista burguesa de la segunda mitad del s. XIX para mantener, con exaltada tensión, una visión subjetiva de la cosas, cierto vitalismo irracionalista, y una postura ética de tipo minoritario que se resuelve a menudo en mero apoliticismo o en altivo desdén por la concreta circunstancia histórica.

2. PANORAMA DE LA LÍRICA ESPAÑOLA A FINALES DEL S. XIX Y A PRINCIPIOS DEL XX:

En el período que transcurre 1880 y 1920 se gesta en la poesía de lengua española una profunda renovación y enriquecimiento en todos los órdenes. De esta forma, escritores de primera línea, de estilos y nacionalidades diferentes (Antonio Machado, Miguel de Unamuno, Rubén Darío, Leopoldo Lugones), conviven en el estrecho margen de esos años y llevan a cabo una revolución que la literatura española tenía en la práctica todavía pendiente: la asunción profunda de los presupuestos teóricos y el lenguaje poético que Europa ya había asimilado durante el primer Romanticismo a principios del s XIX.

Todo ello fue posible en virtud de tres factores: el incipiente desarrollo económico e industrial de las sociedades hispánicas, en las que alcanzó, durante la segunda mitad del XIX, unas condiciones de vida aproximadamente similares a las que arrojaron en los países europeos el surgimiento de los principios rasgos de la Edad Moderna; el correlativo desarrollo de la filosofía y el pensamiento científico técnico (el positivismo hispanoamericano y el krausismo positivista español), mediante el cual las civilizaciones hispánicas se aproximaron a la visión moderna del mundo; y, finalmente, la internacionalización de la literatura en lengua española en ambas orillas del Atlántico, factor este último no siempre tan tenido en cuenta como debiera.

Según Octavio Paz, el Romanticismo poético español fue fundamentalmente mimético, y por lo tanto, inauténtico, estereotipado y declamatorio. Ni en la sociedad ni en la cultura hispánica se daban las condiciones filosóficas, políticas o económicas en que pudo aflorar con naturalidad la poesía de los románticos ingleses o alemanes. En otras palabras, en el ámbito hispánico ni la revolución



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

burguesa ni la industrial pudieron desarrollarse plenamente sujetas como estaban a intolerantes y duras restricciones en los ámbitos religioso, político, científico y económico. El Romanticismo español en general participa de los defectos y de las cualidades del europeo, pero, a pesar de que no ofrece figuras de un la talla tan elevada como la de un Novalis, un Shelley o un Víctor Hugo, ni resiste la comparación con la literatura del Siglo de Oro, representa un verdadero resurgimiento en nuestra historia literaria, después de la época de decadencia iniciada a raíz de la descomposición del barroco y continuada en el neoclásico.

No obstante, a mediados del siglo XIX la poesía experimenta un nuevo cambio de rumbo: decae el gusto por la narración histórica-legendaria ante el interés que suscita la anécdota sentimental extraída de la vida cotidiana, del mismo modo que el brillante colorido y los efectos de musicalidad perseguidos por los poetas románticos se debilitan al centrarse la atención en el contenido (emotivo e ideológico) del verso. En lo esencial, la lírica de la segunda mitad de la centuria continúa siendo romántica, por eso, si puede hablarse de un teatro y sobre todo de una novela realista pero no cabe aplicar el mismo calificativo a la poesía del momento.

De todas formas, el nexo con el Romanticismo no adquiere los mismos caracteres de evidencia en todos los poetas, de ahí que haya que agruparlos en dos sectores: el de aquellos que en todo vienen a ser una derivación del período precedente y el de quienes, sin romper totalmente con el Romanticismo, se dejan influir por el ambiente de su tiempo.

En los primeros observamos un proceso de depuración de los procedimientos románticos. Desaparecen los gestos estridentes, la musiquilla fácil, el colorido chillón y la hojarasca retórica, y la poesía adquiere mayor hondura e intensidad lírica. Tal es el caso de autores como Gustavo Adolfo Bécquer y Rosalía de Castro que suponen la salvedad de una poesía de lamentable mediocridad que reflejan fielmente una época desprovista de sentido lírico.

Fue el propio Juan Ramón Jiménez el que dijo: “la poesía española contemporánea empieza, sin duda alguna, en Bécquer”; Bécquer fue, en efecto, el lazo de unión con el simbolismo además de ser aceptado inmediatamente en Hispanoamérica e influir en la renovación estética modernista; en resumen, configuró uno de los períodos de mayor esplendor artístico del siglo XX, y de la modernidad en el más amplio sentido de la palabra.

Gustavo Adolfo Bécquer es uno de los poetas sevillanos más conocidos de la literatura española, a pesar de que la mayor parte de su obra fue escrita en prosa, obras como Leyendas, Cartas desde mi celda, su fama literaria la debe a un centenar de Rimas donde realiza una acertada síntesis de muy diversos elementos e influencias: sobre una base poética clásica y sentimentalmente romántica crea una poesía antirromántica en cuanto que es opuesta a lo narrativo y a la prolíja verbosidad romántica. Como dato curioso podemos señalar que la palabra “Rima” procede del italiano y que el autor se lo puso a sus composiciones porque estaba de moda en su época entre los poetas posrománticos y antirrománticos para diferenciarlos de los largos poemas narrativos románticos.

Los versos de este autor, desprovistos totalmente de la altisonante retórica, del lujoso colorido y del estruendo sonoro de la época romántica, se mueven por intuiciones que quieren captar lo inefable mediante “sonrisas” y “suspiros”. El mismo autor nos ha dado una definición de su lírica “natural, breve, seca que brota del alma como una chispa eléctrica que hiere el sentimiento con una palabra y huye”. Figura cumbre de la lírica del siglo XIX español, Bécquer puede ser considerado, gracias al hondo subjetivismo y a la forma desnuda y alada de sus versos, como el punto de



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

arranque de una línea que habrá de conducir a la obra de grandes poetas de las primeras décadas de nuestro siglo.

Entre los segundos, perdura la nota sentimental, pero lo que en la generación anterior era apasionada exaltación, queda reducido a una blanda sensiblería burguesa desprovista de nervio, que en los peores casos llega a extremos inconcebibles de prosaísmo ramplón. Es evidente el escepticismo irónico en autores como Ramón de Campoamor que en su tiempo alcanzó un éxito rotundo (fenómeno comprensible dada la absoluta compenetración del autor con el ambiente espiritual de la época de la Restauración) pero en nuestros días ha sufrido una desvalorización total. No se le puede negar originalidad e ingenio pero la vulgaridad de su forma y la radical ausencia de lirismo impiden concederle el calificativo de auténtico poeta. Predica una aversión a la retórica y el deseo de inaugurar una poesía desprovista de la pompa verbal del estilo romántico. Por ser un verdadero realista es el menos poeta, es un gran talento, ingenioso y representativo pero al compenetrarse con una sociedad prosaica fracasa como poeta, pues sólo logra esta condición por calidades accidentales de su obra.

Núñez de Arce, menos intenso que Bécquer, pero muy superior en orden creador a Campoamor, y el primero de los tres en el cuidado de la forma exterior o métrica, recoge gran cantidad de materia romántica y a la vez llega a un orden más objetivo y de fórmula, que es un aspecto de sentimiento un tanto retórico realiza un papel semejante al de los parnasianos franceses, y anuncia motivos del simbolismo.

Sucesivo al Romanticismo son los movimientos denominados Realismo y Naturalismo, donde el segundo sería una derivación de las tendencias realistas, “su nota más aguda”, al decir de Emilia Pardo Bazán (escritora española naturalista por excelencia), pero la presencia de elementos nuevos obliga a distinguirlos de aquélla. El Realismo tiene sus comienzos cuando todavía el panorama literario está impregnado de esencia romántica para luego, hacia 1880, estar influenciado por el Naturalismo. Una vez expuesta la existencia de estos movimientos literarios de gran importancia tenemos que señalar su predilección por el género novelesco para utilizar una y otra vez sus características; de tal manera, que nunca podrá hablarse de un teatro o una poesía realista o naturalista y, por tanto, no tiene cabida en estas hojas.

Fue un poeta nicaragüense el artífice del decisivo paso, Rubén Darío, enviado como diplomático a España en 1882, influyó con sus planteamientos estéticos en un grupo de poetas que, a disgusto con las escasas posibilidades de las fórmulas de Campoamor y la casi inexistente poesía realista de finales de siglo, no tardaron en aceptar la brillantez de aquel Modernismo que parecía responder a la época y, al mismo tiempo, a un mundo donde cada cual podía bucear en su intimidad nostálgica y decadente. Manuel Reina, Ricardo Gil y Salvador Rueda pueden considerarse sus predecesores.

En realidad existe unan red capilar demasiado densa y fina que une a todos los creadores finiseculares; la diferencia entre la evasión que rompe con los tabúes y los valores admitidos y el mayor compromiso con la realidad, suele aducirse como criterio delimitador de Modernismo y Noventayocho (movimientos literarios que tienen cabida en otros temas).

Así, el primer momento de la lírica española en el siglo XX puede considerarse dentro de los límites del modernismo coincidiendo cronológicamente con la prosa del 98; téngase en cuenta que el modernismo fue un movimiento esencialmente poético aunque también su influjo llegó a otros



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

géneros. Ha de advertirse, asimismo, que entre la generación del 98 y el modernismo no hubo (a pesar de su distinto carácter) una absoluta separación pues si bien es cierto que la primera tenía una vigorosa raíz española y el segundo un tono más cosmopolita pero, y lo más importante, su influencia recíproca fue considerable.

Las vanguardias, que de modo paralelo irrumpen en el panorama literario español, también ocuparon un lugar en la renovación de la lírica a principios de siglo pero de forma totalmente contraria al modernismo por lo que los autores tuvieron que elegir entre una estética u otra siendo imposible unir la tradición con la vanguardia. Hemos de destacar la figura de Ramón Gómez de la Serna no sólo como adelantado y difusor de las vanguardias en España sino como creador de gran influencia en los poetas que las integran (Huidobro y Gerardo Diego, entre otros en movimientos vanguardistas como el Creacionismo y el Ultraísmo) aunque él no se expresara a través del verso.

El verdadero centro de estas páginas va a ser los autores, Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, a los que algunos estudiosos, como Jorge Urrutia, denominan “la superación del modernismo” ya que en ellos se culmina y se transforma la poesía española que emana de la estética y de la ideología del modernismo-noventayochismo. Formados en una sensibilidad y un pensamiento semejantes ambos presentan bastantes semejanzas en una primera época y evolucionan hasta imprimir nuevos rumbos a nuestra lírica. Ya Dámaso Alonso en el prólogo, donde habla con su amigo el lector, de su libro Poetas españoles contemporáneos explica la relación de la situación poética contemporánea:

“¿Bécquer, poeta contemporáneo?”

Bécquer es el punto de arranque de toda la poesía contemporánea española. Cualquier poeta de hoy se siente mucho más cerca de Bécquer que de Zorrilla, de Núñez de Arce o de Rubén Darío.

¿Más que de Rubén Darío?

Los poetas de hacia 1900 tienen una gran deuda con Rubén Darío y con el “modernismo” en general. Las Soledades de Antonio Machado, publicadas en 1903, lo prueban, sin género de dudas, y elijo el ejemplo de Machado porque es el que parecería más desfavorable. Pero lo que salvó a la generación de nuestros mayores (Antonio y Manuel Machado y Juan Ramón Jiménez) fue el haber comprendido que ellos, si querían “ser”, tenían que alejarse de Rubén Darío. Se fueron desnudando, unos más rápidamente que otros, de las sonoridades exteriores, de los halagos de color... bien evidente es esto en Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez y tanto como se alejaban de Rubén Darío se aproximaban a la esfera del arte de Bécquer, por eso, es Bécquer –espiritualmente- un contemporáneo nuestro”.

3. ANTONIO MACHADO:

Antonio Machado nace en Sevilla (1875), pasa su juventud en Madrid y reside unos meses en París. Algún tiempo después gana la cátedra de Lengua francesa del Instituto de Soria y permanece allí cinco años que habrán de ser decisivos en su vida: “allí me casé, allí murió mi esposa, cuyo recuerdo me acompaña siempre”.

Al abandonar Soria, trasládase al Instituto de Baeza y de éste a los de Segovia y Madrid. Por estos años, un nuevo amor –que aparece en sus versos como “Guiomar”- ilumina su vida. Al estallar



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

la guerra civil, Machado, consecuente con su ideología, puso su pluma al servicio de la República. La muerte le sorprendió en el exilio (1939) a los pocos días de cruzar la frontera con Francia.

La obra de Antonio Machado significa para la poesía española la definitiva superación de la tradición poética de orden campoamorino pero su poesía, tradicionalmente, ha sido encuadrada en el modernismo, hecho no totalmente cierto, porque su hacer es marchar paralelamente a él pues su personal incorporación al simbolismo europeo difiere de forma harto evidente de ciertas superficialidades congénitas de los modernistas.

Aunque las modas que fueron sucediéndose a través de la vida de Machado no dejaron de influirle ligeramente, sus principios estéticos le sitúan lejos de todas ellas. Él buscaba ante todo una poesía que no fuera mero ornato decorativo sino producto de una auténtica emoción humana de ahí que no aceptara tampoco, años más tarde, las nuevas orientaciones de las escuelas de vanguardia. La poesía no debía ser adorno pero tampoco pensamiento lógico. Machado huye siempre de lo abstracto y cree que la misión del poeta es eternizar lo momentáneo; tres versos suyos vienen a resumir bellamente toda su poética:

“Ni mármol duro y eterno
ni música ni pintura
sino palabra en el tiempo”

Podemos dividir su creación en tres etapas:

a) Un primer período está representado por sus dos obras inaugurales Soledades (1903) y Soledades, galerías y otros poemas (1907) en estas obras primerizas vemos ya la sencillez formal y la nota de dolorido cansancio que habrán de perdurar en su producción posterior, y, al mismo tiempo, expresiones que revelan una leve influencia del modernismo. Aquí encontramos ya bastante del Machado posterior, como la correlación entre el paisaje y el estado de ánimo, la expresión onírica, la tendencia al nihilismo y la presencia de símbolos que evocan el paso del tiempo.

Manuel Alvar habla de “poemas a contrapelo” que rompían con una tradición vieja pero acaso dando un salto atrás en una búsqueda de lo que Bécquer significaba.

b) La segunda etapa, fruto de su contacto con Soria, incluye Campos de Castilla (1912) poemario que para buena parte de la crítica es su obra maestra. Los temas del libro son variados, pero sus piezas responden a un tono unitario de carácter casi autobiográfico, donde la objetivación, ya sea desde el punto de vista patriótico, o bien desde el amor a la naturaleza, alterna con la anécdota personal.

Manuel Alvar destaca que Campos de Castilla no ofrece una descripción, sino una interpretación, lo que supone seleccionar y elegir lo significativo y no lo mostrenco. La maestría de Machado reside en haber sabido poner ante nuestros ojos una realidad que él ha convertido en fuente de belleza; se trata de superar “la circunstancia fotográfica”, de re-crear, tal y como hicieron con Soria escritores como Bécquer o Gerardo Diego.

El simbolismo vuelve aquí a ser el punto de partida aunque se afiance el tono narrativo por un lado, se prolonga el intimismo de la primera etapa, por otro, el poeta trasciende su mundo íntimo, sus galerías interiores, para asomarse a un paisaje que adquiere perfiles inmateriales y eternos, y entonces desarrolla un proceso formado por narración, descripción y reflexión, modos que suelen mezclarse. Todo el paisaje y el conjunto de las anécdotas apuntan a la contemplación de una

temporalidad que afecta inexorablemente a las cosas, desembocando en la muerte como culminación, tema esencial cuando se refiere, en especial, al fallecimiento de su esposa.

c) Nuevas canciones (1924) mantiene parte de sus constantes técnicas y temáticas, pero inaugura un nuevo período de teorización filosófica y literaria. El poeta aborrece el simbolismo para adentrarse en un tipo de comunicación intersubjetiva de experiencias comunes a través de una expresión sencilla y de coplas con escasos versos en los que se condensan tanto hondas verdades como pensamientos banales. El fondo lo constituye a menudo una idea, pero los poemas tienen aquí la misma vibración lírica que cuando se trataba de un recuerdo o un paisaje.

A partir de entonces su producción poética es escasa. Cancionero Apócrifo de Abel Martín, poeta y filósofo producto de su propia invención, da la impresión de ser una acumulación de apuntes, con la excepción de “Canciones a Giomar”, tal vez lo más logrado del libro.

Durante el conflicto del 36 escribe “Poesías de guerra” y a partir de ahí lo que crece es su producción prosística, que en 1957 se reúne bajo el título Los complementarios, aunque su mejor obra es Juan de Mairena, colección de artículos y diálogos a manos de Mairena, filósofo y poeta inventado que discurre sobre temas poéticos, filosóficos, sociales..., publicados dispersamente desde 1934, donde hallamos una formulación que resume perfectamente el talante poético de Machado.

Del estudio que Ricardo Gullón dedica a Machado, podemos destacar, desde un prisma temático, que el tiempo es el eje de buena parte de su lírica, ya sea el cronológico, aquel que mide el reloj; o el psicológico que se mueve al son de las pulsaciones del alma y conecta con la imaginación y la memoria. Para Machado, vivirlo de modo pleno es experimentar de nuevo, en tanto que el tiempo cronológico produce hastío y monotonía. El tiempo permite también la rememoración, pero sobre todo posibilita la selección de aquello que se desea recuperar junto al desdén hacia lo doloroso que se pretende ocultar. Machado sabe, como Wordsworth y Bécquer, que la poesía nace de la emoción, pero mucho mejor de la pasada, de la evocada con el sosiego de la perspectiva temporal.

En cuanto a su técnica compositiva, Gullón termina hablando de *condensación*, que significa crear con sólo nombrar, poner en la palabra algo que la convierta no en representación de los objetos, sino en ellos mismos, como propugnaba Juan Ramón Jiménez, para lo que Machado se vale de: modos elusivos (insinuación, ademán no acompañado de voz), yuxtaposición (no del tipo exacerbado de lo vanguardistas sino empleando frases completas superpuestas sin otro vínculo que la reunión en el poema), imagen (con el fin de aproximarse a una nueva percepción pero siempre siendo reconocible el referente real) y símbolo (de gran sencillez: encina y olivo para evocar las tierras de su predilección, Castilla y Andalucía).

En conjunto, los versos de Machado, desnudos, sobrios e impregnados de una emoción grave habrán de permanecer en la historia de nuestra poesía a despecho de las modas y los cambios de gusto. En este sentido podemos observar cómo su noble influjo pesó decisivamente sobre la poesía española de los últimos años al brotar un anhelo general de entrar en contacto con las más auténticas realidades humanas.

4. JUAN RAMÓN JIMÉNEZ:



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

Nacido en Moguer (Huelva), de familia pequeño burguesa, tuvo una educación religiosa para luego estudiar Derecho y pintura en Sevilla. 1900 es un año muy importante en su vida porque se trasladó a Madrid y muere su padre, hecho que le marcará para toda su vida con una cierta inestabilidad nerviosa que le obliga a permanecer en distintos sanatorios. Entre 1905 y 1911 reside de nuevo en Moguer y más tarde se instala otra vez en Madrid, donde vivirá 25 años. En 1916 se casa con Zenobia Camprubí tras un viaje a Estados Unidos. Al estallar la guerra marcha a América. En 1956 se le concede el Premio Nobel y muere en Puerto Rico en 1958.

Es Juan Ramón Jiménez un escritor que de modo acusado ha fundido vida y poesía, haciendo de esta última el eje de su andadura vital. Su obra, que participa del modernismo, simbolismo y novecentismo, es tremendamente personal y se sobrepone a todas las corrientes estéticas que la recorren. La extensísima obra ha sido objeto de una obsesión y total preocupación por parte del poeta a lo largo de toda su vida, de hecho, todavía carece de una edición definitiva debido a las inmensas dificultades críticas que suscita el ininterrumpido proceso de corrección, reagrupación y reelaboración de una treintena de poemarios. El mismo autor califica a su obra anterior a 1917 como unos “borradores silvestres”.

Esta continua corrección y reelaboración ha originado no pocas dificultades a la hora de clasificar y estudiar su producción lírica. Aún así, podemos trazar una línea estética que va progresando desde una poesía inicial modernista, con ecos becquerianos y simbolistas, hasta una línea depurada, desnuda y total en busca de la belleza absoluta:

a) La primera época de su producción (1900-1916) se caracteriza por su sencillez y espontaneidad, por un predominio de lo sentimental y lo musical. El poeta muestra una actitud refinada en una atmósfera vaga e intimista, impregnada de suave melancolía.

El recuerdo, el sueño, el agua, los jardines, la naturaleza... son algunos de los temas predominantes de estos poemas de corte modernista pero alejados de toda altisonancia. Junto a esta influencia encontramos ecos de la lírica tradicional española, sobre todo, el Romancero y la canción popular andaluza.

Almas de violeta, Arias tristes y Sonetos espirituales son algunos de los poemarios más destacados de este período, al que también pertenece Platero y yo, en el cauce de la prosa lírica.

b) Su segunda época es inaugurada por Diario de un poeta recién casado (1917), está formado por 241 textos, en verso y prosa, escritos en forma de diario con el fin de reproducir con precisión lo que sintió en cada momento en su viaje de ida y vuelta de Madrid a Nueva York, donde iba a contraer matrimonio; se trata de un viaje iniciático hacia un nuevo universo (el mar), un nuevo continente (América), y un nuevo estado (el matrimonio).

Inicia una poesía más original en la que desaparecen los elementos decorativos modernistas para dejar paso a una expresión sobria y desnuda que elude toda vaguedad y aspira a la mayor concreción; lo que realmente importa es la esencialidad y en busca de ellos los versos se tornan a veces herméticos, indescifrables.

Juan Ramón, liquidando la etapa modernista, ha hallado definitivamente su camino, y toda su producción posterior Eternidades, Piedra y cielo, Belleza... no será más que un constante perfeccionamiento de su nuevo estilo. Son libros en los que la belleza del mar, el cielo, la luz y el aire se mezclan con una visión del supremo gozo que supone encontrarse con la hermosura, la plenitud y



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

la perfección de la poesía; en este sentido, Jorge Urrutia comenta el poema clave de esta época por lo que tiene de constructo teórico:

“¡Inteligencia, dame
el nombre exacto de las cosas!
-Que mi palabra sea
la cosa misma
creada por mi alma nuevamente!

En Machado, como vimos, hay semejante finalidad –lo que Gullón llama *condensación*–, Juan Ramón lo busca por otro camino, el de la “inteligencia”, el del intelectualismo, que más tarde fascinó a los poetas más jóvenes, y llegará finalmente a una identificación mística entre poesía y realidad.

Cada poema, sea en prosa o en verso, se ajusta a una ley de selección y a un contexto, “la obra”, en el que cobra su pleno sentido: los significados parciales dicen más cuando los ilumina la totalidad. El poeta busca su lector ideal, sensible, afín a su exigencia ético-estética, capaz de descifrar correctamente los textos. Toda su obra se halla informada por un sentido aristocrático del arte que le hace rehuir lo fácil para llegar al logro de la más exquisita belleza, por ello, nos ofrece poemas que suponen un verdadero prodigio de transparencia, no obstante, a veces echamos de menos en ellos aquella intensa vibración cordial, aquella sensación de vida que nos transmiten los versos de Unamuno o Antonio Machado, por ejemplo.

c) Añádase una última etapa posterior a 1936 donde la poesía es cada vez más acendrada y profunda, que desemboca en lo metafísico, incluso en cierto misticismo. En esta etapa escribe obras como: Dios deseado y deseante, El otro costado en este último libro podemos encontrar el bellísimo poema en prosa “Espacio”.

La trayectoria poética de Juan Ramón da fe, ante todo, de una excepcional inquietud renovadora que la consigue a fuerza de insistir una y otra vez en sus obras. De ahí que su obra sea, en cierto modo, compendio de medio siglo de poesía española: Posromanticismo, Modernismo, poesía pura...

Ejerció un magisterio decisivo en los poetas del 27 y, tras explicables vaivenes del gusto, (los poetas de posguerra se sintieron distantes de él, por ejemplo), hoy se le considera la máxima figura acaso de la poesía española del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA:

- Alonso, D. (1969), *Poetas españoles contemporáneos*. Madrid. Gredos.
- Alvar, M., (1995), “Introducción” a Antonio Machado. *Poesía completas*. Madrid. Espasa-calpe.
- Blasco, F.J. (1973), *La poética de Juan Ramón Jiménez*. Madrid. Júcar.
- Gullón, R. (1986). *Una poética para Antonio Machado*. Madrid. Espasa-Calpe.
- Urrutia, J, (1980) *Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez. La superación del Modernismo*. Madrid. Cincel.



ISSN 1988-6047 DEP. LEGAL: GR 2922/2007 Nº 11 – OCTUBRE DE 2008

Autoría

- Nombre y Apellidos: Isabel Montemayor Galés Ruiz
- Centro, localidad, provincia: I.E.S. Juan Ramón Jiménez (Málaga)
- E-MAIL: isillagales@hotmail.com